

PRESENTACIÓN

Beurnonville, Suchet, el Duque de Auerstaedt, Murat, Ney, Bernadotte, Soult..., uno tras otro los mariscales de Napoleón se vuelven próximos y familiares en paseos, de grato recuerdo, por Fontainebleau o por La Malmaison en la siempre amena compañía de Raúl Menéndez Argüín, quien, con el mismo entusiasmo, conocimiento y pericia, me lleva de aquí a las estrategias del desembarco de Normandía, para acabar, como siempre, en los ejércitos de la antigua Roma.

Si todavía para muchos, con fundamento en los complejos abonados por los discursos y decursos de la centuria pasada, asomarse a la historia militar, cargada de fantasmas, exige una previa *captatio benevolentiae*, para Raúl Menéndez Argüín éste es el terreno donde se expresa con toda naturalidad y sin síndrome de Estocolmo su inquietud científica como historiador. Un dominio privilegiado de los estudios históricos en virtud de la abundancia y la variedad de fuentes, que permiten una continua renovación de nuestro conocimiento sobre argumentos centrales de la historia de Roma. Como caballo de Troya, le han ocupado, no tanto los planteamientos teóricos, sino la expresión de la funcionalidad y de la práctica militar: reclutamiento, organización, estructura y ejercicio de la milicia son sus campos de batalla intelectuales. Estudiando tanto la evolución del reclutamiento legionario, como desvelando la importancia de la logística en los ejércitos del limes, las relaciones entre el armamento y la táctica legionaria, u ocupándose ahora de las tropas de la Urbe.

La solidísima formación de Raúl Menéndez Argüín, avalada con el Premio Ayuntamiento de Sevilla al mejor expediente académico que ostenta su *diploma honestae missionis* universitario, ampliada y madurada en dilatadas y fructíferas estancias en los más punteros centros de investigación -Lyon, Roma, Londres o París jalonan su trayectoria-, y su enorme capacidad de trabajo han sido bien puestos a prueba en los más diversos terrenos, cuyos resultados hasta ahora, dos sólidas monografías, amén de una treintena de otros trabajos científicos, lo muestran ya como veterano que bien merece reiterados *phalerae, armillae* y *torques*.

En ese continuo tejer y retejer cestos que es la labor del historiador, con la dificultad que para la Antigüedad añaden las limitaciones documentales, siempre es bien venida, no sólo toda necesaria renovación de argumentos, métodos y enfoques, sino también de los propios mimbres. Y en este caso nada más y nada menos que tenemos que agradecer ahora al Dr. Menéndez Argüín una nueva edición española de los *Epitoma rei militaris* de Vegetio, que se suma y complementa a la de María Teresa Callejas y María Felisa del Barrio de 1982. Nos ponemos así a la altura de otras lenguas como la alemana, que cuenta con las traducciones de F. Wille y F. L. Müller, las de lengua inglesa de D. K. Silhanek, Leo F. Suelten o N. P. Milner, la clásica en francés dirigida por M. Nisard, o la italiana de Luca Canali y Maria Pellegrini, por no citar sino las más conocidas.

Presentación

Esta nueva traducción que debemos a Raúl Menéndez Argüín, antes alumno predilecto, ahora colega y sobre todo amigo, no sólo ha sido llevada a cabo con el más exquisito cuidado filológico, sino que su especificidad radica en que está hecha con la óptica del historiador, y por un historiador que, como especialista en el estudio del ejército, sabe lo que se trae entre manos, brindándonos como complemento una muy adecuada introducción, donde contextualiza autor y obra, añadiendo además un apartado específico sobre el ejército imperial romano, así como trufando el texto de atinados comentarios a pie de página. Una más que justificada referencia debe hacerse aquí a *Signifer Libros* y a su mentor y mecenas el Prof. Sabino Perea Yébenes, que apadrina esta edición enmarcándola en su colección de monografías científicas, *rara avis* y extraordinaria iniciativa editorial, digna de todo elogio y reconocimiento.

Vayamos a nuestro autor. *P. Vegetius Renatus, illustris vir* posiblemente originario del occidente romano, recibió al parecer de Teodosio I el encargo de escribir un tratado acerca del arte romano de la guerra, tal vez con ocasión de la visita del emperador a Italia de agosto del 388 a junio del 391. Los *Epitoma rei militaris*, a la par rebosantes de entusiasmo patriótico y manifestando su preocupación ante las amenazas a que se ve enfrentado el Imperio, constituyen el único tratado de práctica militar romana que se ha conservado completo. Escrito *pro utilitate Romana* y *pro Reipublicae salute* según indica su autor en el prólogo del libro primero, tenía como objetivo el de reforzar la fuerza defensiva de Roma recuperando su capacidad de iniciativa y detener la barbarización del ejército. Vegecio parte de la extracción de enseñanzas del glorioso pasado militar romano para aplicarlas a su presente. Esta glorificación de los tiempos pasados explica la continua apelación a escritos anteriores sobre el arte de la guerra, para lo que consultó, entre otros, sobre todo el *De re militari* de Catón, otra obra homónima de *P. Taruttienus Paternus*, prefecto del pretorio de época de Marco Aurelio, así como las *Artes* de *A. Cornelius Celsus* y, por supuesto, la obra de Sexto Julio Frontino. Organizado en cuatro libros, la obra de Vegecio trata del reclutamiento y formación militar (Libro I), de la organización de las legiones romanas (Libro II), de problemas estratégicos y tácticos (Libro III), así como del asedio de ciudades y la conducción de la guerra naval (Libro IV). Pero no se trata sólo de una obra de técnica militar, sino que aquí y allá se van incorporando al texto especulaciones filosóficas y políticas.

El justificado interés por Vegecio no es ni mucho menos nuevo. Todo lo contrario. Oráculo intelectual de los teóricos del ejército en la Edad Media, para considerar su impacto baste citar que, si la primera traducción al francés de la obra de Julio César es la de Jean Duchesne de 1473, ya se contaba desde 1271 con una traducción de Vegecio, y eso sin mencionar la larga lista de ediciones latinas previas que remontan al siglo X. El *De re militari* vegeciano era valorado, tanto por difundir los valores morales de la disciplina, la austeridad y el esfuerzo en coincidencia con la ideología caballeresca, como por su carácter práctico, resumen de la ciencia militar romana.

Con el Renacimiento, que veía en la Antigüedad Clásica el modelo a seguir, Vegecio siguió siendo la referencia suprema sobre la milicia y la conducción de la guerra, como pone en evidencia un teórico tan influyente como Antonio Cornazzano

Presentación

en la segunda mitad del XV. La experiencia militar romana se hacía así de nuevo operativa. En *L'Arte della guerra*, escrito por Nicolás Maquiavelo en 1521, el condottiero Fabrizio Colonna se manifiesta en el debate suscitado en los jardines florentinos de Cosimo Rucellai como defensor de las virtudes militares clásicas de la dureza, templanza y austeridad, haciéndose así eco, aunque no fuese explícitamente, de las doctrinas de Vegecio. Principios que no fueron arrinconados ni siquiera cuando las armas de fuego exigieron unos nuevos modelos en la conducción de la guerra: *...io vi conchiudo questo: che l'artiglierie, secondo l'opinione mia, non impediscono che non si possano usare gli antichi modi e mostrare l'antica virtù*, hace decir a Fabrizio en contra del joven aristócrata Luigi Alamanni en el libro tercero.

La actualidad que se le seguía atribuyendo a Vegecio le proporcionó autoridad y una amplia difusión, dando lugar a una muy abundante literatura sobre las instituciones militares de Roma. Tratados como el *De militia romana* escrito por J. Lipsius en la Holanda de la guerra de liberación de 1594 manifiestan en qué medida eran seguidos los referentes clásicos para intentar hacer solubles los problemas del propio tiempo. Lecciones vivas, hasta tal punto que seguir al pie de la letra las reglas contenidas en el capítulo 26 del libro III de Vegecio, titulado muy elocuentemente *Regulae bellorum generales*, se consideraba un método infalible para garantizar la victoria. El ejército como actor, pero a la par como instrumento apotropaico que previene y limita el impacto social de la guerra.

No serían los avances técnicos, sino una nueva concepción de la guerra como expresión política lo que convirtió el interés por Vegecio en un interés erudito, desposeyéndole de gran parte del valor práctico que había suscitado hasta entonces. La Revolución francesa y las guerras napoleónicas como corolario habrían de dar un vuelco a las formas clásicas de hacer la guerra. Expresión de la política, la guerra absoluta impuesta en paralelo al recurso a los ejércitos nacionales evidencia hasta qué punto sería un error limitar el problema de la guerra al estudio del ejercicio de la milicia. No se trata sólo de un problema de orden práctico, táctico y estratégico, sino metafísico. Al igual que lo había sido hasta entonces Vegecio, Carl von Clausewitz, hijo de un oficial de Federico el Grande de Prusia, prisionero en Jena, coronel del ejército ruso, que pasó a servir luego a Guillermo III contra Napoleón y acabó como director de la Escuela de Guerra de Berlín desde 1818 hasta 1830, se convirtió en el gurú de la guerra moderna. Su obra *Vom Kriege*, inconclusa a su muerte en 1831, y editada póstumamente por su mujer, la condesa de Brühl, es el único análisis teórico de la guerra cuyo impacto y repercusión posterior pueden compararse a los de Vegecio. La obra de Clausewitz, estudio filosófico-político imbuido de racionalismo hegeliano, debe entenderse como un análisis intelectual, no moral, que parte de la consideración de que el ejercicio de la fuerza constituye sólo el medio, mientras que el objetivo es el sometimiento de la voluntad del contrario. Aunque sea con mucho retraso, a casi treinta años de que Raymond Aron nos brindara con su *Penser la guerre. Clausewitz* (París 1976) una cabal comprensión del teórico prusiano, ya podemos disponer, en paralelo a ésta de Vegecio, de una edición completa de la obra de Clausewitz en español y traducida directamente del alemán (*De la guerra*, Madrid 2005).

Presentación

Para mitigar la demonización de Clausewitz no sólo ha hecho falta un análisis desapasionado y en profundidad como el que debemos a Aron. Y es que de nuevo se ha operado un salto cualitativo en la expresión de la guerra como herramienta y manifestación del poder. El mundo postmoderno, que con sus avances tecnológicos nos ha sumido en un estadio de mayor dependencia, y con ello de debilidad, nos aboca no sólo a la globalización y totalización de la guerra, sino a la desideologización de sus fundamentos y a una absoluta deshumanización de su ejercicio. Cuando el enemigo se vuelve difuso, en ocasiones no se le identifica enfrente, sino dentro, y el recurso a los *mass media* se convierte en un instrumento bélico letal, resulta estrictamente necesario volver una vez más la vista a los teóricos de la guerra. La historia puede cumplir así su papel de debelar lo contingente, y ejercer, a través de la reflexión y en palabras de nuestro maestro Syme, de fuerza de libertad y de liberación. En este contexto, y al margen de sus concretas consideraciones técnicas, Vegecio es un monumento de la literatura universal que siempre se puede seguir consultando con provecho y capacidad renovadora.

Prof. Dr. Antonio Caballos Rufino
Catedrático de Historia Antigua
Universidad de Sevilla

INTRODUCCIÓN

Dicen las letras que sin ellas no se podrían sustentar las armas, porque la guerra también tiene sus leyes y está sujeta a ellas, y que las leyes caen debajo de lo que son las letras y letrados. A esto responden las armas que las leyes no se podrían sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los caminos, se despejan los mares de corsarios y, finalmente, si por ellas no fuese, las repúblicas, los reinos, las monarquías, las ciudades, los caminos de mar y tierra estarían sujetos al rigor y a la confusión que trae consigo la guerra el tiempo que dura y tiene licencia de usar de sus privilegios y de sus fuerzas.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha* I, 38.

En este pasaje del *Quijote* queda de manifiesto, según su autor, la preeminencia de la espada sobre la pluma. Pero lo que más llama la atención de este fragmento de la obra más universal de la literatura castellana son los ecos de la propia *Epitoma rei militaris* de Flavio Vegecio que se vislumbran en el mismo. De este modo, una obra técnica de carácter militar que había sido ampliamente difundida a partir de la plena Edad Media (ver *infra*) seguía aún a comienzos del s. XVII presente en los escritos de uno de los grandes literatos del Siglo de Oro de las letras españolas. En efecto, este pasaje puede compararse con un fragmento del capítulo diez del libro tercero de esta *Epitoma*, en el que se menciona la importancia del papel del general al frente de un ejército que el Estado le proporciona para la defensa de sus intereses y soberanía. Si comparamos ambos pasajes no podemos dejar de resaltar sus semejanzas, así como el origen de las fuentes en las que bebe el propio Cervantes cuando pone en boca de su caballero las palabras acotadas más arriba.

Introducción

1. EL AUTOR

No se conoce absolutamente nada del autor a excepción de aquellos datos extrapolables de sus propios escritos, concretamente los *Digesta Artis Mulomedicinae*¹ y la *Epitoma* que nos disponemos a traducir. A partir del análisis de C. Schöner se acepta como probado que Vegecio fue el autor de ambas obras². Las *subscriptions* de los manuscritos de la *Mulomedicina* dan a Vegecio el *praenomen* de Publio, así como el más antiguo manuscrito de la *Epitoma*³; sin embargo en todos los demás manuscritos de esta última obra nuestro autor aparece mencionado como Flavio. El gentilicio Flavio fue adoptado por Constantino el Grande tras su victoria sobre Licinio en 323, y acabó convirtiéndose en un término que llevaron todos los altos funcionarios y oficiales del Imperio⁴. De este modo, no se trataría de nombre alguno, sino de un tratamiento oficial. N.P. Milner plantea también la posibilidad de que fuese un auténtico Flavio, si bien estos últimos eran realmente pocos. Lo más probable, por tanto, es que Vegecio adoptara este nombre tras entrar a desempeñar altos servicios funcionariales en el gobierno del Imperio, siendo probablemente por nacimiento un Publio. Así, el nombre completo de Vegecio a la hora de escribir esta obra sería Publio Flavio Vegecio Renato⁵, tal como aparece reflejado en la edición de la *Epitoma* de Alf Önnersfors, la más reciente de las ediciones críticas y base de la presente traducción.

En cuanto al gentilicio *Vegetius*, las escasas evidencias que existen de este *nomen* se limitan a algunas zonas de Hispania y Germania Superior, datadas durante el Alto Imperio y relacionadas con la aristocracia municipal. A partir de estos datos Milner establece la posibilidad de que Vegecio procediera de una familia perteneciente a las elites municipales terratenientes de Galia o Hispania

¹ E. LOMMASCH (ed.), *Vegetii Digesta Artis Mulomedicinae* (Teubner), Leipzig 1903; Flavio Vegecio, *Medicina Veterinaria*, (Gredos) Madrid 1999.

² *Studien zu Vegetius*, Erlangen 1888; véanse también M. SCHANZ, *Geschichte der römischen Literatur* IV, Múnich 1914, 194 y ss.; E. BICKEL, *Historia de la literatura romana*, Madrid 1982, 459; E.J. KENNEY y W.V. CLAUSEN (eds.), *The Cambridge History of Classical Literature II. Latin Literature*, Cambridge 1982, 727.

³ El conocido como “*Excerptum Vaticanum*”, del s. VII (Vat. Reg. 2077).

⁴ N.P. MILNER (trad.), *Vegetius: Epitome of Military Science*, Liverpool 1996, xxxi-xxxii; Ph. RICHARDOT, *Végèce et la culture militaire au Moyen Age (V^e-XI^e siècles)*, París, 1998, 7-8. Todavía en el s. VI Justiniano aparece mencionado en el prólogo de su *Código* como “*Imperator Caesar Flavius Iustinianus*”.

⁵ J.M. Robles simplifica algo la cuestión en su introducción a la traducción de la *Mulomedicina* de Gredos al afirmar que se trataría de una simple adición de nombres relativamente usual en las familias aristocráticas del Bajo Imperio (Flavio Vegecio, *Medicina Veterinaria*, Madrid 1999; 7-8).

Introducción

que llegó a alcanzar el rango senatorial⁶. Finalmente, el *cognomen Renatus* refleja claramente la adscripción religiosa de Vegecio, pues es uno de los apodos que más claramente marcan la profesión de la religión cristiana del individuo que lo porta⁷.

A partir de la *Mulomedicina* sabemos que era un experto criador de caballos y que viajó a lo largo y ancho de todo el Imperio⁸. De la obra de Simmaco se infiere que la Galia e Hispania eran los principales centros de remonta de caballos⁹, actividad que se llevaba a cabo en las grandes propiedades de la aristocracia senatorial, entre la que parece que se integraría el propio Vegecio. Otros datos proporcionados por los manuscritos son que Vegecio pertenecía al orden senatorial (se lo menciona como “*illustris vir*”) y que poseía el título de *comes* (conde)¹⁰, rango reservado para los más altos peldaños de la burocracia imperial. A partir de este dato se ha intentado averiguar qué función específica desempeñaba Vegecio dentro del organigrama de la corte imperial. El título de *vir illustris* se creó oficialmente hacia 372 y sólo se aplicaba al prefecto del pretorio, prefecto de la Ciudad de Roma, al general en jefe de la infantería (*magister militum*), al general en jefe de la caballería (*magister equitum*), al jefe de la guardia imperial (*comes domesticorum*), a los condes encargados de las finanzas del emperador (*comes sacrarum largitionum*) y a los grandes chambelanes¹¹. Puesto que el propio Vegecio afirma no tener experiencia militar directa y redactar esta obra para su

⁶ *Op. cit.*, xxxiii.

⁷ Ese “renacimiento” estaría sin duda alguna conectado con el bautismo, un sacramento que en los primeros siglos de la Iglesia no se recibía inmediatamente tras el nacimiento, sino a una edad relativamente avanzada.

⁸ *Mul.* III 6, 1: “En la permuta y venta de caballos suele producir un fraude muy grande la mentira sobre su lugar de origen. En efecto, queriendo venderlos a mayor precio hacen ver que son de muy buena raza. Esto me induce a explicar los rasgos y las cualidades de los de cada país, pues he conocido caballos de todas las razas en viajes por países muy diferentes y lejanos y los he criado a menudo en mis propias cuadras”; *Mul.* I prólogo 6: “Incitado por estas razones y otras semejantes y por mi gran afición desde joven a los caballos, he emprendido de buen grado el siguiente trabajo: voy a reunir al menos todos los tratados latinos y a pedir también información a veterinarios - sin olvidarme de los médicos, pues la doctrina veterinaria no discrepa tanto de la ciencia médica en muchos puntos, sino que coincide en la mayoría -; luego, en el grado en que mi escaso talento lo permite, recopilaré todo lo esencial de forma completa y breve, explicando las causas y los síntomas de todas las enfermedades”.

⁹ *Epit.* IV 58-63.

¹⁰ Una de las familias de manuscritos (concretamente la “II”) menciona su título como *comes sacrum* sin especificar más.

¹¹ Cf. A.H.M. JONES, *The Later Roman Empire, 284-602. A Social, Economic and Administrative Survey*, Oxford 1964, 143, 451, 491, 528-30, 535-5 y 542; Ph. RICHARDOT, *op. cit.* 8.

Introducción

empleo por parte del emperador y sus generales¹², estaríamos por tanto ante un alto funcionario de la administración civil.

En cuanto al título de *comes sacrum* reflejado en algunos manuscritos, de entre las posibilidades mencionadas más arriba, no existe evidencia concreta alguna que nos permita decantarnos por una u otra con claridad. Richardot plantea que fuese un *comes sacrarum largitionum*, basándose en que el desempeño de este puesto le habría permitido conocer la jerarquía y la organización militares, algo necesario para efectuar los pagos al ejército; al mismo tiempo, podía haber acompañado al emperador y conocer también los usos de un ejército en campaña¹³. Otra hipótesis atrayente es la planteada por W. Goffart, que lo considera *comes sacri Stabuli*, es decir, máximo responsable del sistema imperial de remontas¹⁴. El hecho de que Vegecio posea tantos conocimientos sobre veterinaria equina, razas y la propia cría de caballos juega en favor de esta hipótesis, pero llama la atención el hecho de que no mencione su cargo expresamente.

Por lo que atañe a sus creencias religiosas no cabe duda de que era cristiano; ya hemos mencionado el dato del “*cognomen*”, pero además en los prefacios de ambas obras aparecen con claridad toda una serie de referencias que lo confirman¹⁵. Aparte de ser cristiano parece que era un ávido lector y defensor de Virgilio y de la obra de Salustio; su conocimiento del griego parece haber sido relativamente escaso, pues entre las fuentes de su *Epitoma* no cita a ninguno de los autores de esta lengua especialistas en la materia. Por otra parte, en el prólogo a la *Mulomedicina* critica el latín del tratado de Quirón y Absirto, autores cuya obra original debió haber estado en griego.

¹² *Epit.* I prefacio; I 8; I 28; II prefacio; II 3; II 4; II 18; III 6; III 10; III 20. Richardot, sin embargo, afirma que estas declaraciones del propio autor no son concluyentes y que Vegecio conocía perfectamente el argot militar y los términos técnicos propios de su época (Ph. RICHARDOT, “Hiérarchie militaire et organisation legionnaire chez Végèce”, en *La Hiérarchie (Rangordnung) de l’armée romaine sous le Haut-Empire*, París 1995, 405-27).

¹³ Ph. RICHARDOT, *op. cit.*, 9-10.

¹⁴ W. GOFFART, “The Date and Purpose of Vegetius *De re militari*”, *Traditio* 33 (1977); 65-100, especialmente 89-90.

¹⁵ El ejemplo más claro sería el juramento militar de *Epit.* II 5, en el que los soldados juran lealtad a la Santísima Trinidad y a la majestad del emperador, máxima representación de Dios en la tierra.

Introducción

2. LA OBRA

2.1 Contenido

La *Epitoma rei militaris* está estructurada en cuatro libros, cada uno de los cuales va precedido por un prólogo en el que el autor da muestras de su formación retórico-literaria, algo que, como veremos más adelante, no se repite en el estilo empleado a lo largo de los diferentes libros.

El libro primero, que precedería a los tres restantes en su publicación independiente, trata esencialmente del reclutamiento y el entrenamiento de los reclutas. Las normas a seguir para conseguir un grupo humano lo más apto posible a su posterior empleo como instrumento militar se desarrollan a lo largo de los ocho primeros capítulos del libro. A continuación se exponen las técnicas de entrenamiento de dichos reclutas, con dos vertientes separadas pero complementarias: ejercicios físicos y ejercicios de armas (capítulos IX a XX). La tercera sección del libro la dedica el autor a las técnicas de castrametación (XXI-XXV). Este primer volumen se cierra con los capítulos XXVI a XXVIII en los que se exponen diversas formaciones de combate.

El libro segundo está íntegramente dedicado al análisis de la *antiqua legio*, es decir, la legión romana tipo que Vegecio toma como modelo para plantear su reforma de la infantería¹⁶. Tras el prólogo, el autor comienza describiendo la organización de los antiguos ejércitos romanos (capítulos I-III) para pasar luego a tratar más en profundidad la legión en sí; primero enumera las tropas que la componen (IV-VI) y, a continuación, se detiene en la descripción detallada de los grados y funciones de los mandos de la legión (caps. VII-XIV). Cómo formaba la legión para entrar en combate (disposición de cohortes, etc.) se desarrolla en los capítulos XV a XVIII, concluyendo con un último apartado en el que se nos informa del funcionamiento general de la legión (XIX-XXV).

El libro tercero lo dedica el autor en exclusiva al combate terrestre, quedando dividido en dos grandes secciones: la primera de ellas, tras el correspondiente prólogo, está dedicada a toda una serie de generalidades a tener en cuenta antes de embarcarse en una campaña (logística, disciplina, disposición del campamento, etc. que se correspondería con los capítulos I a VIII), mientras que la segunda (caps. IX a XXIII) estaría íntegramente dedicada al ejército en combate; esta segunda sección se podría subdividir en una serie de capítulos más generales en los que se dan consejos para acometer una

¹⁶ En un apartado posterior veremos a qué época podría haber correspondido la organización legionaria descrita por Vegecio y en qué medida podría tratarse de un simple ejercicio teórico en el que se entremezclan toda una serie de informaciones de procedencias temporales muy diversas.

Introducción

campaña militar (hasta el capítulo XIII) y otra en la que el autor describe minuciosamente las líneas de batalla y los tipos de estrategia a adoptar por un general al mando de un ejército en combate.

Finalmente, el libro cuarto está estructurado en dos grandes apartados perfectamente diferenciados dedicados el primero de ellos a la poliorcética (capítulos I-XXX) y el segundo a la guerra naval¹⁷ (XXXI-XLVI). En la sección dedicada a la guerra de sitio, Vegecio nos informa de las diferentes técnicas de fortificación, los preparativos a llevar a cabo para soportar con éxito un asedio, las máquinas de guerra para el ataque o la defensa de las plazas fuertes y diversos tipos de estratagemas. Por lo que respecta a la guerra naval, el autor se extiende en la estructuración de la marina, la construcción de navíos, en especial de la *liburna*, el arte de la navegación, con una prolija descripción de los vientos y de cómo interpretar las señales para intentar predecir el tiempo, para finalizar con las técnicas de combate naval.

2.2 Fuentes

El propio Vegecio hace mención expresa a sus fuentes en dos pasajes concretos de la obra: en I 8, donde menciona a Catón el Censor, Cornelio Celso, Frontino, Paterno y las constituciones imperiales de Augusto, Trajano y Hadriano; y en II 3, donde sólo se hace referencia a Catón y a Frontino. Si bien las constituciones imperiales mencionadas por Vegecio no nos han llegado, estamos de acuerdo con M. Lenoir cuando afirma que la profunda reorganización del ejército tras las guerras civiles, así como el manifiesto interés mostrado en relación con los asuntos militares por Trajano y Hadriano, convierten en algo muy probable la existencia de estos textos¹⁸. Sólo las

¹⁷ En tiempos se le llegó a considerar como un quinto libro, pero la crítica moderna ha demostrado fuera de toda duda su definitiva inclusión dentro del cuarto de los libros de la *Epitoma*; esta separación en dos libros data del s. VII y se explicaría por un deseo de los copistas de dar mayor claridad y coherencia al cuarto libro de la obra. De hecho, un manuscrito del s. X conservado en El Escorial presenta una doble numeración del libro IV: la primera, clásica, en cuarenta y seis capítulos y la segunda que introduce a partir del capítulo treinta y uno un *Liber belli navalis* que abarca los dieciséis últimos (cf. L. RUBIO, “El ms. Scorialensis L.III.33, nuevos datos para una futura edición del *Epitoma rei militaris*”, *Emerita* 41 (1976), 209-223). A partir del s. XIII no pocos manuscritos presentan la división en cinco libros, lo que ha llevado a toda una serie de errores de edición que se han prolongado hasta el s. XIX (e incluso en algunos casos hasta la actualidad: F. DEL BARRIO VEGA, *Edición crítica y traducción del Epitoma rei militaris de Vegecio (libros III y IV)*, Madrid 1982).

¹⁸ M. LENOIR, “La Littérature De Re Militari”, en F. PASCHOUD (ed.), *Les Littératures techniques dans l'Antiquité Romaine. Statut, Public et Destination, Tradition*, Ginebra 1996; 77-115, en concreto pág. 80. Véase también V. GIUFFRÈ, *La letteratura “de re militari”. Appunti per una storia degli ordinamenti militari*, Napoles 1974, 11-13; E. GABBA, “Tecnologia militare antica”, en *Actas del Congreso Tecnología, Economía, Società*, Como 1979; 233-4.